

Cormoranes, truchas, jabalíes, urogallos, loros y osos

RICARDO ANADÓN

Los abajo firmantes, profesores de Ecología de la Universidad de Oviedo, creemos necesario realizar algunos comentarios ante la avalancha de artículos, noticias y cartas al director que, referidos al conocimiento y gestión de algunas especies emblemáticas o explotadas en Asturias, en las últimas semanas han aparecido en la prensa regional, mezcladas con apreciaciones sobre las responsabilidades de «especialistas» y sus conocimientos. Algunas de ellas resultan despectivas en relación a los conocimientos que aportan, siendo sus emisores partes directamente interesadas en el «problema». Nos parece interesante hacer algún comentario genérico sobre estas y otras incursiones en aspectos ambientales que, por lo general, resultan polémicas. Dos son las cuestiones que queremos analizar: las fuentes del conocimiento científico-técnico y las responsabilidades de decisión para la gestión. Además, nos permitiremos dos comentarios sobre el medio ambiente.

Uno de los puntos más interesantes y curiosos es el desprecio mostrado hacia los especialistas en medio

ambiente. Se argumenta que quien conoce mejor los problemas es quien reside en el entorno donde éstos se producen, atribuyéndose el calificativo de «especialistas» por el mero hecho de haber estado mucho tiempo recorriendo el entorno e, incluso, por estar preocupados por el tema, aunque en realidad mucho de su conocimiento deriva de lo leído en libros de divulgación científica. Eso lleva a que, a través de periódicos o revistas de divulgación, se permita ofrecer verdades absolutas sobre cómo se producen los procesos naturales y explicar sin dudas su funcionamiento. Para estas personas los estudios realizados por especialistas tienen mucho menor valor.

No creemos que merezca la pena extenderse en el problema señalado, pero sí queremos indicar que llegar a entender cómo funcionan sistemas complejos tales como: la dinámica de las poblaciones, se exploten o no, las interacciones entre las especies, incluido el hombre, y los efectos de cambios ambientales naturales o inducidos por el hombre sobre organismos y ecosistemas no es algo trivial y necesaria del conocimiento científico.

El conocimiento científico deriva de información contrastada que se va acumulando con el tiempo, mediante la aplicación de metodologías de estudio reproducibles (el método científico). Ésta implica la confección de hipótesis de trabajo razonadas (por ejemplo, la depredación por cormoranes y jabalíes es la responsable de los descensos poblacionales observados en trucha y urogallo, respectivamente) y que permitan definir sin asomo de duda la causalidad de un proceso frente a otras hipótesis alternativas (por ejemplo, los descensos poblacionales de truchas y urogallos podrían deberse a cambios y alteraciones del medio, existencia de otros depredadores, cambios fenológicos derivados del cambio global, sobreexplotación por los humanos u otros que sería prolijo reseñar). Se deben desarrollar, por ello, diseños de observación y/o experimentación que permitan discriminar entre los efectos generados por distintas causas, lo que implica disponer de datos obtenidos con metodologías claras y reproducibles.

En la mayoría de los escritos antes mencionados, los autores de aquellas manifestaciones reflejan un

desconocimiento absoluto del rigor científico, y su menosprecio es sólo el reflejo de la falta de conocimiento. Nos atrevemos a decir que si los comentarios se refirieran a otras disciplinas científicas o técnicas como economía, ingeniería, física o medicina serían más comedidos.

Respecto a la primera cuestión, nos da la impresión de que los procesos naturales son tan cercanos a las personas que muchas se consideran con conocimientos suficientes para dictaminar. Lo mismo ocurre con los aficionados de cualquier deporte, que se consideran capacitados para ser seleccionadores o entrenadores de sus equipos. Pero en un equipo lo más que puede pasar es que pierda el encuentro o la categoría. Sin embargo, si debido a las presiones públicas basadas en conocimientos no contrastados se introducen cambios en el medio natural queridos o no, se pueden derivar consecuencias muy perjudiciales, incluso para las personas que las motivaron. De lo que se deduce que los problemas medioambientales no son socialmente apreciados como importantes, puesto que cualquiera puede opinar de ellos. ¿Qué ocurriría si personas no capacitadas profesionalmente opinaran sobre las técnicas de una operación de corazón o sobre el cálculo de la estructura de un viaducto? Por ello sugerimos un poco más de prudencia y humildad en la presentación pública de argumentos y «conocimientos» por parte de esas personas.

La segunda cuestión tiene que ver con las decisiones sobre la gestión de recursos. Nuestra posición es clara en este sentido: no somos nosotros, científicos o técnicos, los que debemos tomarlas. Somos especialistas en nuestros campos, pero existen otros aspectos, sociales, culturales o económicos, que deben tenerse en consideración y que necesitan, por ello, de otros especialistas. Son necesarios equipos multidisciplinares. Las decisiones corresponden a los poderes políticos y, en definitiva, a los ciudadanos. Sin embargo, creemos que ante la toma de decisiones trascendentes, por ejemplo, las nuevas actividades para las que es necesaria una evaluación de impacto ambiental es exigible que los ciudadanos tengan información clara de: 1) los resultados científicos o técnicos disponibles, 2) los aspectos sobre los que no se posee información o no son predecibles (generadores de incertidumbre), y 3) una definición precisa de las alternativas sobre las actividades, con los resultados que se predicen.

Nuestros comentarios:

Consideramos que las afirmaciones sobre conocimiento y gestión de especies, vertidas en los medios de comunicación por personas interesadas, sólo son estrategias para presionar a la opinión y a los poderes públicos para que la toma de decisiones se ajuste a sus propios intereses. Muchos de estos comentarios sólo pueden generar confusión en las personas no directamente implicadas. Además, su lenguaje suele ser mucho más agresivo y, por ello, más convincente, al contrario que opiniones mejor fundadas que suelen ser mucho más comedidas al conocer vacíos en el conocimiento.

En nuestra opinión la solución a muchos de los problemas es aumentar el conocimiento riguroso de: 1) el funcionamiento del medio y de los cambios que sufre, 2) la dinámica de

las especies y de cómo resultan afectadas por estos cambios, y, sin ninguna duda, 3) de los efectos directos o indirectos que unos humanos, cada vez más numerosos y capacitados tecnológicamente, podemos generar. Y todo ello debe redundar en que las decisiones que se tomen individual y colectivamente sirvan para conservar o mejorar el estado del medio, aquí y en el resto del planeta. Debemos pensar que los sistemas naturales son los que permiten el sostenimiento de nuestra propia existencia. Por ello, las decisiones que se tomen con vistas a generar desarrollo deben tener siempre presente la consideración de que la economía debe ser «sostenible».

Queremos recordar que en nuestra sociedad el trabajo está remunerado; que los científicos y técnicos que estudian el medio natural deben tener una remuneración. Eso no nos hace reos de búsquedas de subvención. Los que pertenecen a empresas privadas buscan contratos con otras empresas o con la Administración, como en otras muchas actividades. Los que trabajamos en Universidades y OPI (Organismos Públicos de Investigación) buscamos financiación en las convocatorias públicas de financiación (europeas, nacionales o regionales), para lo que tenemos que presentar nuestras ideas transformadas en proyectos de investigación, con todo lo que ya reseñamos. Órganos autónomos de la administración científica deciden sobre su calidad técnica o científica y sobre su prioridad de financiación. Y los resultados deben publicarse y, por tanto, están sujetos a crítica y revisión.

En el caso de los que trabajamos en Universidades y OPI esta financiación no se puede utilizar para incrementar nuestras percepciones. Nuestro interés, fuera del económico, se centra en avanzar en el conocimiento de nuestro Medio Natural (el de Asturias o de cualquier parte del mundo en el que existan problemas de interés), y que pueda ser difundido y asimilado por la sociedad, para tomar de forma más responsable las decisiones que nos afectan.

Resumiendo nuestra opinión: es lícito que cualquier ciudadano pueda hacer llegar sus intereses a la opinión pública o a la Administración, y optar democráticamente por aquellas opciones que defiendan mejor sus intereses. Pero nos parece que la emisión de apreciaciones personales, o meras especulaciones pseudo-científicas, no contribuyen a definir adecuadamente los problemas, ni a propiciar una correcta toma de decisiones. De esta forma sólo se consiguen generar más problemas para los ya castigados ecosistemas y especies de nuestro planeta, de España o de Asturias, cuando nuestra máxima preocupación debiera ser su sostenimiento, ya que dependemos, al final, de su buen funcionamiento.

Firman este artículo junto a Ricardo Anadón Álvarez, catedrático de Ecología; José Luis Acuña Fernández, profesor titular de Ecología; Julio Arrontes Junquera, profesor titular de Ecología; Consolación Fernández González, profesor titular de Ecología; Daniel García García, contratado Ramón y Cajal; Alfredo González Nicieza, profesor asociado de Ecología; José Ramón Obeso Suárez, profesor titular de Ecología; José Manuel Rico Ordás, profesor titular de Ecología.